

LIBROS

Correo con el Zar

La ventaja de los autócratas a la antigua es que, de vez en cuando, tienen que dejarse comprometer en una relación humana, quiero decir, personal, porque aún no entienden la pasión del poder como goce puramente abstracto. Cuando el amo se fija realmente en uno y particular de sus esclavos no lo hace tanto para dar a éste ocasión de comprobar que su condición de esclavo —o súbdito, si se prefiere— no es genérica, sino íntimamente suya, como para granjearse la oportunidad de ser él mismo reconocido como amo por una sumisión no puramente genérica. Obviamente, esta zozobra es antañona: la voluptuosidad del dominio no tiene hoy figura de besamanos rodilla en tierra, sino la de ese dedo que aprieta la tecla del dictáfono mientras dice: "Señorita, mande usted tres copias". El poder se ha mediatizado infinitamente, interpone instancias y meandros entre su foco de irradiación y su aterida víctima, pero dudo que esta mediación pueda ser válidamente interpretada como una atenuación efectiva de sus rigores; el autócrata tiene más facilidades para la crueldad arbitraria, pero también para la arbitraria clemencia, y, en último término, sólo tiene una cabeza... Su Majestad Imperial el Zar Nicolás I de todas las Rusias gustaba de ser personalmente reconocido por sus vasallos, y así, de vez en cuando, horrabá o apartaba todos los obstáculos burocráticos y cortesanos que le separaban de uno de ellos y resplandecía para él en toda su gloria, o se aparecía como padrecito, compañero de armas o incluso hermano en patriótica filialidad eslava. ¿No hacía lo mismo el viejo Zeus, quien, fuese por amor, fuese por curiosidad, recorría frecuentemente la Tierra vestido de cisne, de toro o de pordiosero, y hasta se cargó a la pobre Semele al fulminarla con la exhibición incontrolable de su poderío? Cierta día, el Zar Nicolás I



Bakunin

quiso pagarse un vasallaje "de lujo" y para ello decidió manifestarse directa y personalmente al más discoloro, sí, pero también el más libre de sus súbditos. ¡Ah, nada vale tanto como el acatamiento de un hombre realmente libre! Ese hombre se llamaba Miguel Bakunin, y estaba a la sazón encerrado en el más riguroso calabozo del fortín Alexis, temido e incomunicado corazón de la prisión Pedro y Pablo. El disfraz que elige el Zar para manifestarse a él es el de padrecito; de este modo, propone al prisionero que le haga una completa, pormenorizada y filial confesión de todas sus culpas, en forma de carta, dándole a entender que esta muestra de arrepentimiento puede mejorar su nada envidiable situación. Y Bakunin se puso gozosamente a la tarea, encantado de encontrar algo en que emplear sus fuerzas y su ingenio: pues así es como piensan en tales ocasiones los hombres libres...

Quizá el único documento literario-epistolar tan malinterpretado como la "Confesión" de Bakunin sea la carta "De profundis" a lord Alfred Douglas, escrita por Oscar Wilde en la cárcel de Reading. Cierta es que el sentido y propósito de la carta de Wilde es muy diferente a la del ruso, pero ambas han sido rebajadas a expresar simples ac-

tesos de arrepentimiento oportunista, debidos a la debilidad y traidores a la ejecutoria anterior de los dos personajes. Esto es perfectamente falso en ambos casos, aunque aquí sólo nos corresponda examinar el escrito del anarquista. Bakunin decide contarle al Zar toda su vida, en primer lugar, porque era una forma de contársela a sí mismo y de aliviar una soledad y una inacción capaces de aniquilar al más templado. Naturalmente, sabe que el Zar espera de él dos cosas: abyección y delaciones. Por otro lado, sabe que una soflama revolucionaria o insultante ni siquiera llegaría a sus manos. El juego se plantea, pues, de este modo: por un lado, Bakunin tiene que respetar suficientemente la etiqueta palaciega y el aire de contrición que se le supone como para que su carta no sea interrumpida por la censura o rechazada por el Zar; por otro, debe evitar la abyección, las denuncias y tiene que poner todo aquello que a él le gustaría que el Zar se viese obligado a escuchar. Corolario no mediocre del éxito de esta operación podría ser el alivio de las condiciones de reclusión del rebelde, objetivo que sólo parecerá "oportunistamente" a quien jamás haya vivido en encierro semejante. Considerando estos propósitos, el escrito de Bakunin es realmente magis-

tral. Como se le supone arrepentimiento, aprovecha hábilmente para hacer una autocritica, juzgando sin contemplaciones y con lucidez sus propios errores revolucionarios. Profundiza con sinceridad y penetración en sus propios sentimientos: no se ensalza ni se humilla, sino que se comprende y se respeta. No da ni un dato comprometedor y, además, declara explícitamente —el Zar lo nota con enfado— que no piensa hacer denuncia alguna. En cambio, hace un ataque sin contemplaciones, en la mejor vena populista, a la situación social y política de Rusia, de la que la figura del Zar es salvada sólo para ser comprometida aún mejor por el distanciamiento que parece librarle de salpicaduras. A cambio, halaga en el Zar su faceta esclavista y antigermana, cosa que puede parecernos mejor o peor, pero que en modo alguno va contra lo más congenial del pensamiento de Bakunin antes y después de su encarcelamiento. De vez en cuando, al hablar del París del 48 o de Dresde, la neutralidad contrita del relato se desliza hacia un incontenible júbilo revolucionario, por el que asoma contagiosamente la fiesta insurreccional. Pero lo más curioso es cómo logra ir envolviendo poco a poco al autócrata en su juego. Las acotaciones marginales del Zar le muestran atrapado por la lectura, debatiéndose, renegado o teniendo que dar la razón a su prisionero... que le aprisionaba, a su vez, con el embrujo de la narración. Tal como el sultán quedó prendido en las historias de la amanecer, así el Zar Nicolás sigue fascinado al anarquista hasta que éste le declara tranquilamente ¡que soñaba con haberle puesto a la cabeza de todos los esclavos para que los lanzase victoriosamente contra la Europa Occidental! Con desparpajo, poco falta para que el sublevador convierta a su principal carcelero en cómplice...

En lo material, pocas concesiones obtuvo Bakunin por medio de su ambigua "Confesión" de la recelosa generosidad del Zar. Pero, al menos, se dio el gusto de salir airoso de su irónico empeño de liberación por la palabra: en la celda sin fisuras logró conjurar la libertad y llevarla hasta allí donde más faltaba, al palacio mismo de su opresor. La versión que ahora se nos

presenta de esta obra (1), con las notas de Max Nettlau, es sencillamente estupenda. Los traductores, Marisol de Mora y Javier Echevarría, completan su trabajo con un brillante y agudo prólogo, que es quizá lo mejor que hemos leído sobre Bakunin en este año de su centenario. ■
FERNANDO SAVATER.

(1) *Confesión al Zar Nicolás I, de M. Bakunin*: Col. Maldoror, 1976.

“Mi fe no es una droga”

Es este un libro (1) que no ha sido fácil de publicar, a pesar de creer muchos que las cosas han cambiado profundamente en el país. Su sinceridad humana, su espontaneidad religiosa, su estilo sin eufemismos, no han agradado a algún editor católico progresista. Pero, por fin, una editorial comercial se decidió a publicarlo gracias a la perspicacia selectiva de Antonio Aradillas.

Yo no sé qué decir de este libro, sino expresar más detalladamente lo que acabo de señalar. Ese es su mejor homenaje, porque no estamos acostumbrados a ello. Hoy vivimos de la “pose” más que del descubrimiento sencillo de la intimidad sin alharacas, triunfalismos ni

(1) Francisco Nátera: “Mi fe no es una droga”. Ed. Sedmay. Madrid, 1976.

demagogias. Parecemos espontáneos, y somos deudores de una moda de progresismo católico que está cortado todo él por el mismo patrón rebuscado, que corresponde a análoga estructura mental de base de la fase rígida, anacrónica y desfasada en que se movió el catolicismo hasta el Concilio. No nos olvidemos que los países de influencia católica decimonónica han quedado marcados —se sea o no creyente ya— por una manera de pensar, de razonar, que tiene todas las características de una lógica infantil, inmadura, simplista, catalogadora en dicotomías superficiales, que todavía perdura en España, aunque muchos se hayan apartado del catolicismo. El modo de pensar, la estructura mental adquirida como marco de nuestras ideas, sigue todavía mucho más de lo que se cree.

En cambio, el libro de Francisco Nátera, un ex jesuita que nos cuenta sus avatares dentro y fuera de la Compañía con sinceridad, pero con cariño comprensivo de los hombres que le rodearon, explica como la cosa más natural del mundo sus problemas psíquicos de aquella época suya anterior, las reacciones de sus superiores, el proceso de secularización, su inserción en el mundo y la toma de conciencia crecientemente madura que ha experimentado, tanto en los problemas de la fe como en los problemas del mundo, que para él se unen en su conciencia personal.

Es Nátera todo menos un erudito, a pesar de que ha leído abundantemente; pero el contacto con el libro se le hace artificial, y prefiere —con razón— la vida a la letra escrita. En algún aspecto me recuerda su postura a la también llena de espontaneidad de ese hombre independiente que es el francés Marcel Légaut. Como él se ha desarrollado en su fe y en su humanidad, con naturalidad, sin seguir las corrientes progresistas de cliché estereotipado que hay ahora en la Iglesia. Su pensamiento, expresión siempre de su fe vivida, es abierto, inconformista, preocupado por los demás, y siempre chocante para los bien pensantes o bien situados, a pesar de su amabilidad.

Ha accedido a esta postura sin voluntarismo forzado alguno, como la cosa más normal del mundo. Y eso que le ha pasado a Nátera se trasluce en su libro, aunque este proceso íntimo haya estado ayer lleno de dolores y de dificultades, que han sido disueltos en esta naturalidad de su obra escrita.

Lo social y lo individual parecen perfectamente integrados en el libro, y sus afanes hacia una sociedad realmente humana y justa son norte de su vida, como se evidencia en este libro de confesiones personales sin adscripción a ninguna línea política de grupo, pero sí en una línea de izquierda real más que de partido.

Quien desee librarse por unas horas de este trajinar crispada-

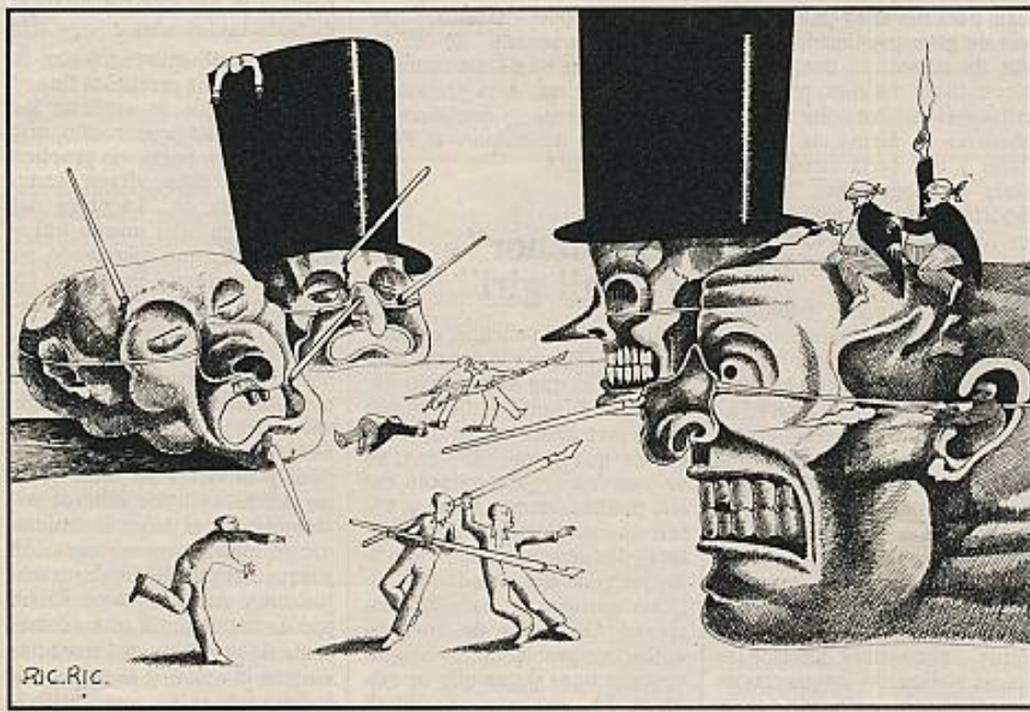
mente en pro de la propia importancia, o de la propia cultura, o del propio protagonismo, que lea estas páginas de un creyente independiente, que le ayudarán sin duda a vivir unos momentos de superación de este afán de superioridad neurótica que nos invade, y desarrollará en él —si es creyente agobiado por la crisis de la Iglesia— sus tendencias a una mayor sencillez y espontaneidad religiosa y humana. ■
E. MIRET MAGDALENA.

“Agricultura y Sociedad”

“No se trata de una revista técnica sobre temas exclusivamente agrarios: se buscará un enfoque interdisciplinario, económico, sociológico, histórico, antropológico y cultural que tenga como protagonista, aunque no como único personaje, a la agricultura”. Este ambicioso planteamiento es, según explica Luis Gamir en la presentación, el que se hace la nueva publicación “Agricultura y Sociedad”, editada por la Secretaría General Técnica del Ministerio de Agricultura. La revista (cinco números al año) está dirigida por el ingeniero agrónomo Antonio Gámez y tiene como subdirector a José Antonio Gómez Marín. Un amplio consejo de redacción interdisciplinar (veintisiete miembros) les asesora en su tarea. El diseño es de Alberto Corazón.

Este primer número (octubre-diciembre 1976) incluye seis estudios, diversas notas bibliográficas y una sección final de documentación, dedicada aquí a Joaquín Costa, con un amplio estudio preliminar de Alfonso Ortí.

Los estudios abarcan temas muy diversos: desde notas para una definición sociológica del campesinado (Sevilla-Guzmán y Pérez Yruela) a un polémico análisis de la población activa en la agricultura española (Mario Gaviria). Jordana y Keller hacen un análisis coste-beneficios aplicado a la agricultura; Malassis trata del papel de la agricultura en etapas de recesión económica; Giner y Salcedo, de la emigración. Gámez, en su trabajo, sostiene que una política agraria supuestamente neutral favorece la proletarianización y explotación del campesinado. Gaviria señala que las estimaciones sobre población activa agraria en España son desmesuradas (hay encuestas oficiales con errores por exceso del



RIC.RIC.